

lleven á María sus aureolas, esos fulgores de gloria accidental, premio privilegiado, según Santo Tomás de Aquino, de múltiples y señalados merecimientos.

Llega después, para reverenciar á María, la substancia creada, espiritual, completa, de los cielos; las jerarquías angélicas. El Serafín aviva ante Ella sus incendios de amor; el Querubín, los destellos de su Sabiduría, el Trono, los esplendores de su Majestad: y desde las Dominaciones hasta los Angeles, todos le brindan con la misión especial que les fué confiada por la virtud del Eterno. Adornados de la beatitud sobrenatural, recompensa de una perseverancia fidelísima, han visto que harto mayor que su dignidad era la gloria interior de aquella Hija del Rey de los Reyes y Señor de los que dominan. Sobre esos puros espíritus va á tener María su firme solio de Reina, y ellos bendicen á porfía su exaltación y su triunfo. Desde entonces, Señor Excmo., nosotros no sabemos separar de la Imagen de María esas rubias cabezas, esas miradas de inteligencia profunda y esas graciosas alas, que nos ha hecho admirar tantas veces el genio de Rafael, el Murillo de Italia, y Murillo, el Rafael de los pintores españoles.

Va á ensalzar y á coronar, por último, á María la Trinidad Augusta, y todos los espíritus angélicos y todas las almas de los justos prostérnanse y adoran. María fué el ser primero de la vida hu-

mana en quien quiso Dios manifestarse como Uno y como Trino, y ahora, en su Asunción gloriosa, se le revela en toda su grandeza la relación sublime que la une con las Personas Divinas, cuya obra puede decirse que Ella vino á patentizar en el mundo. El Padre, que la había asociado en cierto modo á la generación eterna, ciñe á María una corona de poder; el Verbo, que toma de María su denominación de Hijo, le ciñe una corona de amor; el Espíritu Santo, que vió fecundizado su soplo en las entrañas de María, le ciñe una corona de gracias. «Y ya, dice Gerson, esa digna Criatura sube á ocupar la más sublime de todas las jerarquías, después de Dios y de la Humanidad de Cristo.» «Ya, escribe Alberto Magno, María queda contemplando á Dios muy de cerca, incomparablemente más que todos los otros espíritus celestiales;» «ya, afirma San Buenaventura, se aumenta el goce de los bienaventurados, cuya mayor gloria en el cielo, después de la visión del Señor, es la presencia de esa adorable Virgen. ¡Oh Santa Madre del Humanado Verbo! ¡Cuánto abrumba el peso de tu grandeza al entendimiento del hombre! ¡Cuánto el alma cristiana debe adorarte en las elevaciones de su fe, y cuánto te debe amar en la efusión de su ternura! Sí: debe adorarte el hombre, Madre mía, porque tu majestad es inmensa; debe amarte más aún, porque la más hermosa corona que recibes en el cielo, es la corona de la misericordia.

Excmo. Señor: Fueron pasando los años después de ese suceso venturoso. El Evangelio venía obteniendo sin cesar ruidosos triunfos contra el Politeísmo: las tradiciones piadosas eran plantas de salud que crecían maravillosamente bajo el amparo de la doctrina escrita. Y cuando el hombre fué conociendo toda la importancia de la misión de María en las heredades de la Iglesia de Cristo, todas las excelencias de su maternidad, y todos los resortes de su amor, dijo en las claridades de su inteligencia: «La gloria y la justicia de Dios exigen que la intercesión de María sea eficaz delante del Altísimo;» dijo en su corazón: «Todos los inefables dones que forman las aureolas de esa Virgen, son la merecida recompensa de sus extraordinarias virtudes;» dijo, en fin, en las alegrías de su alma: «Ese valimiento y esas prerrogativas de la Madre de Jesús son prodigiosamente fecundos para el hombre.» Y, Señores, lo que la inteligencia pensaba, lo que el corazón sentía, lo que el alma gozaba, tuvo una realidad dichosa: la eterna victoria de María sobre el genio del mal y del error, y su protección y su clemencia para con la humanidad reconocida. *Absorta est mors in victoria.*

Si, hermanos míos: al subir María á las alturas de Dios; al morar en la Jerusalén triunfante, rodeada de todos los homenajes y todas las bendiciones y como fundida por el fuego del amor divino en los senos de la Divinidad misma, toda esa

majestad y esa bienaventuranza sin término, lejos de apartar su inteligencia y su corazón de la humanidad redimida, ellos se consagraron más dulce y eficazmente al cumplimiento de aquel incomparable destino de Madre de los hombres. Nosotros trazamos ya muchas veces un compendio rapidísimo de los beneficios de María y de la historia de su culto; pero ¡ah! la devoción de esa Virgen amante es como el sol, que todos los días nace, y todos los días es necesario á la vida de la naturaleza; que no sólo es en sí majestuoso y radiante, sino que de su calor y de su luz vive todo cuanto hay dentro de su sistema.

María, Excmo. Señor, esclareció ya la fe de los primeros siglos, protegiendo á la Iglesia cristiana contra los Cerintianos y los Ebionitas, y más tarde contra Arrio, Nestorio, Macedonio y Eutiques; y ella contribuyó á dar nombre inmortal, con las claridades de su devoción y de su culto, á Nicea, Calcedonia, Éfeso y Constantinopla.

En la caída del Imperio de Occidente, confúndese en el amor y el culto de María el Romano y el Godo, la raza vencida y las razas vencedoras: y en el Imperio de Oriente, aun después del malhadado Cisma, las orillas del Bósforo verían aclamar á la Madre de Dios con inusitados fervores, hasta los tristes días del décimoquinto siglo.

Bajo la especial protección de María, el benedictino Agustín ganaba á Inglaterra para la fe de Cristo, convertía á su Rey Eddelberto, y bautiza-

ba, en un día de la Natividad de Cristo, diez mil anglo-sajones: San Colombán evangelizaba á Escocia; San Patricio á Irlanda; San Bonifacio á Germania, desde el Rhin hasta el Vístula: y aquel San Jacinto, honor de Polonia, que debía expirar en el día mismo de la Asunción de la Santísima Virgen, llegó á extender las conquistas del Evangelio hasta las provincias meridionales de Rusia.

En la devoción y el amor de esa Criatura privilegiada, no sólo se formaron los más humildes Santos, sino que adquirieron imperecedero renombre los más ilustres guerreros, y brillaron los modelos de la civilidad y la cortesanía en los más hermosos períodos de la caballería cristiana; un Godofredo de Bouillon, un Ricardo el Cruzado, un Tancredo de Sicilia, un Roldán, un Cid, un Bayardo.

María inspiró la mente y la fantasía de los grandes poetas, desde Dante hasta el Tasso, desde Fr. Luis de León hasta los colosos de nuestra literatura del siglo XVII. María ha elevado el arte cristiano hasta tocar con el cielo, desde aquellas devotas imágenes de los comienzos de la Edad Media, hasta Fra Angélico, Rafael y Murillo. María dió en el siglo XIII tres fechas inmortales para su devoción y su amor: el Rosario, la Merced y el Carmelo, maravillas todas de caridad para con el mundo, después de cuyas ternuras todo error que desdeñara su dignidad y su nom-

bre nos pareció más digno de anatema, más repulsivo y detestable.

Y esta postrera idea, Excmo. Señor, clava en mi pensamiento y mi memoria el amargo y enojoso recuerdo de la soberbia herejía del libre examen, ciega y tenaz adversaria del dogma de la reversibilidad de los méritos, y casi me atreveré á decir enemiga personal é implacable de la Santa Virgen María. ¡Ah, hermanos míos! Dudara ó hiciera escarnio el Protestante de la intercesión de los Santos, artículo consolador de nuestro Símbolo, y pudiera explicarse de algún modo su negación y su duda; pero dudar de la mediación y el valimiento de la Mujer purísima que ha dado la humanidad á Jesús, que ha sonreído con Él, que ha padecido con Él, que ha consentido y cooperado á su sacrificio, es punto tan incomprendible y absurdo, que sólo puede concebirse apenas en la herejía que nació sofocando todos los afectos castos, todos los gérmenes de amor puro y celeste, para saciar todos los apetitos de la carne, para usurpar todas las riquezas de la Iglesia y todas las heredades de las familias fieles, para recrearse en hacer víctimas con la persecución y el cadalso.

El Protestantismo ha venido, además, prestando armas á todos los errores de los modernos tiempos para rechazar la fe en la Maternidad divina de la Virgen María, y para poner densas nubes en el cielo azul de esa devoción amada;

pero todos los esfuerzos del hereje, del impío y del incrédulo serán completamente vanos para desterrar del suelo del Evangelio ese árbol salútfero que da tan abundantes y sabrosos frutos como aquel árbol del *Apocalipsis*, que hace gustar las más intensas delicias á los elegidos de Dios. Las naciones y las sociedades restauradas por Jesucristo tienen el amor innato de todo lo bello y de todo lo bueno; tienen las intuiciones de la verdad, y nada puede haber de más verdadero, de más bueno, y de más alta hermosura en la vida religiosa y moral del mundo, como la creencia y la esperanza en las mercedes y las misericordias de la Madre de Dios.

En los hogares cristianos, el padre podrá estar afiliado á una secta perniciosa, podrá ser libre pensador, ó indiferente y escéptico; pero la madre cristiana velará, en cambio, con solicitud incansable, con piedad profunda, por la fe y por la virtud del hijo de sus entrañas. En el Ateneo, en la Academia, en la Tribuna, podrán resonar los acentos de una filosofía rebelde, y escucharse tal vez rumores y vientos de ateísmo; pero nadie osará mancillar su labio, ni con sarcasmos miserables, ni con aticismo estudiado, ni con reticencias hipócritas, para con la Virgen que los mismos hombres descreídos suelen tener colocada á la cabecera del lecho, ó sobre la cuna de sus hijos. En los talleres podrá imperar el grito de los extraviados y de los violentos; pero se conservará to-

avía, casi siempre, ya la imagen de la Madre de Dios, ya la medalla piadosa que pende del cuello del obrero, ya el recuerdo de una tradición querida y venerada. En el estudio del artista y del poeta no se encontrará tampoco nada que pueda contradecir la fe de sus antepasados, el sentido fervor de nuestros grandes pintores y escultores, la inspiración religiosa de los grandes vates de nuestra patria: y si en esta España católica se levantaran desgraciadamente un poeta y un artista que ultrajasen, que pusiesen sombras siquiera en la dignidad sublime, en el amor sobrehumano de la Virgen María, no ya resurgirían únicamente, para fulminar contra ellos su anatema, un Lope, un Calderón, un Murillo, un Montañés, sino que hasta los entendimientos perturbados, los corazones seducidos, aparecerían llenos de indignación, y con la amenaza en los labios, contra los que así profanaban los timbres y los laureles de una prodigiosa historia.

Señores: nosotros podemos forjarnos la ilusión gratísima, mejor diré, podemos descansar en la seguridad perfecta de que en esta Nación tan amante y tan favorecida de la Virgen María, nunca llegará lejos el avance de los más monstruosos errores contemporáneos; ese Racionalismo audaz que intenta arrebatarse á las almas justas la visión eterna de Dios y las recompensas del cielo, y ese Naturalismo corruptor y miserable que mata todos los afectos generosos y entroniza

todos los egoísmos. Mientras yo vea esos millares de fieles que acuden á los templos católicos para orar extasiados, en la mañana y en la tarde, ante los altares de la Madre del Verbo; mientras yo contemple esas romerías fervorosas que las ciudades hacen anualmente á la ermita que se alza en el otero, y al santuario que se oculta en el bosque, ó esas peregrinaciones solemnes que llevan imponentes multitudes á los lugares de nuestra Redención, ó á la Cátedra de los Sucesores de San Pedro, ó á otros mil sitios inolvidables que adquirieron, por muy sagrados títulos, la justa y santa popularidad de muchas generaciones; mientras admire en las paredes interiores de nuestras antiguas Basílicas, de nuestras Catedrales ó nuestras capillas, los elocuentes signos de viva gratitud, suspendidos allí por los pobres y los infortunados del mundo, y á veces por los Soberanos de la tierra, en testimonio de favores prodigados por la Virgen Madre, que es *Salud de los enfermos* y *Consoladora de afligidos*, mi alma se exaltará en los gozos profundos del espíritu, porque hallo indefectiblemente confirmada en ese precioso cuadro la promesa de Jesucristo, de que «Él estará con su Iglesia hasta la consumación de los siglos, y de que jamás las asechanzas, las injusticias, las iniquidades de sus enemigos alcanzarán sobre ella definitivos triunfos.»

He concluído, Excmo. Señor, y vamos á resumir brevemente este Discurso. En la interesante

y misteriosa educación del templo, en el recogimiento y la oración, preparóse la angelical María para la vida del Evangelio; y sus pasos, como los pasos de Jesucristo, fueron huellas del bien, estrella de la caridad y de la gracia. En la morada de Sión, viviendo con la dulce memoria de su Divino Hijo, unido con su Dios en los más altos arrobamientos, recibiendo allí las pruebas de fidelidad y de amor de los discípulos escogidos, esparciendo en derredor los tesoros de su inteligencia y de sus virtudes para extender el imperio de la nueva Iglesia, María se ha preparado igualmente para ascender á las eternas mansiones. Y como todo cuanto hay en Jesucristo, de poder, de sabiduría, de perfección Esencial y Absoluta, no puede menos de derivarse sobre la criatura bendita que le ha dado el ser humano, María morirá, sí, como murió Jesús; pero los Himnos y Antífonas de nuestra Liturgia, las enseñanzas de los Santos, las luces de la razón, los encadenamientos del raciocinio, nos dicen igualmente que María resucita como Jesús, y que su cuerpo gloriosísimo es conducido al cielo entre el concierto armonioso de todas las hermosuras de la naturaleza, entre las melodías y las adoraciones de todos los Coros de los Angeles, entre las bendiciones y homenajes de todos los Bienaventurados, entre la manifestación de los Atributos Divinos, cuyos deslumbradores destellos complácese en reflejar sobre María la Trinidad Augusta. Y si

María, Señores, fué constantemente en la tierra clemente y bienhechora, la majestad, el influjo, el poderío de que ha sido revestida en los cielos, será como el Océano en la extensión y en la profundidad de sus aguas; será todavía más que el mar: será como el horizonte sin límites, como el espacio inmenso é infinito, como la substancia misma del Amor y la Misericordia del Dios Increado, que alcanza á todas las almas y á todos los mundos; será la esperanza cierta, la garantía segura de que el reinado ominoso de la culpa, la pavorosa cuestión de la muerte moral del hombre podrá resolverse siempre en las suaves relaciones de la libertad humana con la gracia divina, al modo que se ha resuelto la muerte de la Humanidad de Jesús y el fin de la existencia terrena de la Virgen de Israel; esto es, en un triunfo magnífico que ha de constituir por toda la eternidad la alegría y la admiración de los cielos y de la tierra.

*Absorta est mors in victoria.*

¡Oh Madre mía, oh Virgen pura y clementísima! Deja ahora que cierre mis ojos y que abra las miradas de mi fe, para representarme la escena que me muestra en este día la Iglesia, meditando en tus místicos amores. Deja que se separen mis oídos de esas notas discordantes de los torbellinos del mundo, para fijarme solamente en los acordes de las liras angélicas que te ensalzan y saludan. Deja que yo me extasé con la idea consoladora del devotísimo Gerson, cantor infatiga-

ble de tu grandeza y de tu gloria, y que se figuraba haber volado contigo á los cielos en tu Asunción sobrehumana, las almas todas de la Iglesia paciente. Deja que yo me postre hoy delante de tu altar, como se postraron en aquella hora ante Ti todos los seres del universo; los astros, las montañas, los mares y los ríos, las plantas y las flores. Deja, en fin, mi dulce Madre, que yo quiera repetirte, con mi Santa Madre la Iglesia, estas sentidas frases: «Tú eres la luna que resplandece, la aurora que se levanta, el sol que alumbra y fecundiza;» y yo te pido y te imploro que, como esas hermosas gradaciones de la luz creada, hagas brillar y aumentarse en mi corazón y mi alma los resplandores de la luz divina, hasta exhalar el último suspiro en la llama inextinguible de tu amor, por la gracia del Dios Omnipotente y por la caridad de Jesucristo. ASÍ SEA.

